

*Puestos sus ojos
en Jesús*

William Reid
1814 - 1896

*“Puestos los ojos en Jesús,
el autor y consumidor de la fe.”*

Hebreos 12:2

<<*inside cover – blank*>>

Puestos sus ojos en Jesús

Tabla de contenido

	<i><u>Página</u></i>
1. Nuestra necesidad de Jesús	2
2. Con sus ojos puestos en Jesús	11
3. La cercanía de Jesús	18
4. Descanso para los cansados	25

Cursos en español del Instituto Bíblico Mount Zion:

Puestos sus ojos en Jesús LTJs 4 lecciones Nivel básico
Verdad bíblica sobre cómo tener una relación personal con Jesús (W. Reid - 1880).

*Algunos cursos están en proceso de ser traducidos.
Muchos otros cursos disponibles en inglés.*

Copyright © 2002 Chapel Library; 2603 West Wright St.; Pensacola, Florida 32505,
USA.

Se otorga permiso para reproducir este material en cualquier forma, bajo dos condiciones: 1) que el material no se cobre y 2) se incluya la identificación del copyright y todo el texto en esta nota de copyright.

Para recibir copias adicionales de **literatura** cristiana conservadora, póngase en contacto con

Chapel Library
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA
teléfono (850) 438-6666
chapel@mountzion.org
(en inglés únicamente)

Para recibir éste u otros **cursos** bíblicos, por favor póngase en contacto con

Mount Zion Bible Institute
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA
school@mountzion.org
(en inglés únicamente)

Los cursos de Mount Zion pueden ser bajados del internet en todo el mundo, sin costo alguno en: *www.mountzion.org*

Nuestra necesidad de Jesús

“Porque el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido.” – Lucas 19:10

¿Es usted pecador?

Querido amigo, ¿le ha mostrado el Espíritu Santo que usted es *pecador*?

“¡Qué!” puede preguntar usted, “¿Acaso no puedo descubrir que soy pecador excepto a la luz del Espíritu Santo?” Le digo franca e inmediatamente que *no puede*.

Sin el Espíritu Santo, *puede fácilmente* aprender por la Palabra de Dios que es usted pecador, o confesarse en oración como pecador. Pero verse como pecador a la luz de la divina enseñanza, sentirlo con una conciencia divinamente iluminada y tener plena certidumbre de la terrible *realidad*, como si estuviera en la presencia misma del Dios de santidad infinita y en vista de las serias realidades de la eternidad venidera --¡esto es cuestión de saber por espantosa *experiencia*, no por mero aprendizaje o la confesión de costumbre!

¡Oh, qué horrible sería que hubiera sido convencido por el Espíritu Santo que “ya es condenado”, arruinado, perdido y corre el peligro de ir al infierno con cada hálito! Quisiera yo que estuviera convencido *así*: ruego a Dios que lo esté, aun en este mismo instante; porque si muere usted como un pecador no perdonado (y *puede* morir en cualquier momento), ¡levantará sus ojos en el infierno en medio del tormento para encontrarse como un pecador para siempre donde nunca viene un Salvador!

“El que en él cree, no es condenado; mas el que no cree, ya es condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios.” Juan 3:18

Quizá usted diga, como dijera otro: “Admito que soy pecador, sé que he pecado, pero no puedo comprender lo que usted quiere decir cuando dice que soy un pecador *perdido* –un pecador arruinado. No estoy perdido, no estoy arruinado como usted afirma.”

“Bueno, yo sé que usted no está *definitivamente* perdido porque si lo estuviera no se encontraría aquí. Bendito sea Dios por esa misericordia, pero si no está perdido, no puede tener nada que ver con el Salvador, porque él ha venido para “buscar y salvar lo que se había perdido” (Lucas 19:10). El hombre, en cuanto cayó, estaba perdido, porque la primera pregunta de Dios lo implica “[Adán], ¿Dónde estás tú?” (Gén. 3:9). Dios, en su gracia, buscaba al hombre después de la Caída porque éste estaba perdido; y Dios en Cristo sigue buscando a los pecadores porque están perdidos. [El relato de la *Caída* se encuentra en Génesis 3 y ocurrió cuando la humanidad, a través de Adán, se rebeló contra la autoridad de Dios.]

No obstante, puede ser que en el santuario ha oído tanta predicación acerca de pecadores y pecadores perdidos, que no tiene problemas en admitir que la Biblia enseña que, como pecadores, estamos totalmente arruinados y perdidos. Pero ¿siente que la Biblia le habla directamente a usted cuando se dirige a usted personalmente y dice que *usted* es un pecador: *usted* está arruinado y perdido, porque *usted* “ya ha sido condenado”, y *usted* es objeto de la ira de Dios? “Dios, ¡ten misericordia de mí, pecador!” es muy distinto que reconocer sin problemas que “todos somos pecadores.”

Cuando D’Aubigne era estudiante, oyó a Robert Haldane leer un capítulo de la *Epístola a los Romanos* concerniente al hecho de que todos los hombres son pecadores por naturaleza. Esto lo sorprendió, pero claramente convencido por los pasajes que fueron leídos, le dijo al Sr. Haldane:

--Ahora sí veo esta doctrina en la Biblia.

--Sí, --respondió el otro--, pero, ¿la ve *en su corazón*? Era una pregunta sencilla, pero resultó ser la espada del Espíritu que despertó su conciencia adormecida para que reconociera la terrible realidad que *el pecado estaba en su corazón*. Esto, por la gracia de Dios, lo llevó a su conversión a Cristo, porque inmediatamente sintió necesidad de Jesús al tener conciencia de que era un *pecador perdido*.

Querido amigo, ¿ha sido ésta su experiencia? ¿Ha visto el pecado en su corazón? ¿Lo ha visto y sentido como un veneno que se ha extendido a cada parte de su naturaleza moral?

[Cada persona es un “pecador perdido” *antes* de que Dios lo salve. Cuando hemos sido salvos (“nacidos de nuevo”), todavía cometeremos pecados (aunque menos y menos a medida que pasa el tiempo), pero ya no

somos un pecador “perdido” porque Jesús nos ha salvado del castigo eterno por nuestros pecados.]

Seguridad falsa en la “Religión”

Miles de personas en Irlanda, al igual que en otras partes, han tenido una percepción tan desmoralizadora y tal sentido de pecado en su corazón y su vida que habiendo pesado tanto sobre su espíritu los ha llevado a la desesperación, y algunos de ellos casi han perdido la vida. ¡Quizá usted nunca haya perdido una hora de sueño tranquilo, ni ha perdido el apetito ante la realidad de su alma pecadora y su condición perdida; No obstante, si pudiera verlas por la gracia del Espíritu Santo, vería que su condición es tan mala y desesperante como la de aquellas personas;

¡Qué terrible es su caso! ¡Un pecador cerca de la perdición y, no obstante, feliz, despreocupado e irresponsable ante la eternidad! ¡A pesar de su comportamiento exterior correcto y su religiosidad habitual, su caso es desesperante! Pero, si *de hecho* se va al infierno, ¡no se burle de Dios en el camino, pretendiendo servirle cuando usted sabe que todas sus oraciones, su escuchar, sus alabanzas y comunicaciones no son más que insultos ante Aquél que todo lo ve!

Un amigo querido, que ha sido usado por Dios para despertar a miles y volverlos del pecado a la santidad y de los ritos a la realidad, durante una larga estadía en Escocia se sintió guiado a hablar con la mayor franqueza sobre la parodia y la necedad de la gente camino al fuego eterno ¡por medio del camino santo de la mesa de la comunión!

[Muchos escoceses del siglo pasado eran considerados feligreses devotos. La clave es: “El hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón” – 1 Samuel 16:7.]

Cierto día dijo algo así: “Me temo que muchos de ustedes se encuentran camino a un sufrimiento sin fin, y no lo están haciendo de la misma manera que muchos de sus compatriotas que nunca concurren a la iglesia sino que quedan en casa o en la calle. Podría decirse que hay una manera escocesa de irse al infierno, y parece que es ésta: Tiene usted en su mente el *Catecismo Breve*, su Biblia en una mano, el pan de la comunión recibida de su ministro en la otra, pero el mundo en su corazón; y el final sera el fuego del infierno “a menos que te arrepientas”. Esto fue expresado con dureza pero, ¿acaso no es cierto?

[El *Catecismo Breve* es un resumen de las verdades bíblicas, parte de la *Confesión de Fe de Westminster* escrita en Londres en 1646.]

Mientras que muchos ingleses ricos perecen por su negligencia y apatía hacia el Evangelio, y más de un campesino irlandés es llevado al infierno con los ojos vendados por los ritos supersticiosos de

sacerdotes crueles, miles de escoceses que asisten a la iglesia parecen empecinados en pasar a la eternidad vestidos en todo el ropaje santo de una confesión religiosa; pero será para sólo oír, asombrados, las palabras fulminantes de los labios del Salvador que los enviará al lugar que les corresponde: “Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad” (Mateo 7:23).

En una reunión de simpatizantes, realizada después de un culto al aire libre en la ciudad de Dundee, un pastor notó a un anciano. Cuando le preguntó si pensar en su alma y en su Salvador lo habían llevado a contarse entre los simpatizantes, permaneció sentado por un rato, como Job, sin poder hablar.

Al rato admitió que, aunque había profesado públicamente el cristianismo durante muchos años, había sido una profesión sin Cristo. Había escuchado decir al predicador en su discurso que una persona puede recibir cincuenta “fichas” para poder participar de la mesa de la comunión y, no obstante y a pesar de ello, ser inconverso; y esto le había atravesado el corazón porque sentía que era una descripción exacta de su propio caso. Fue llevado al Señor Jesucristo como el Salvador del mayor de los pecadores. Escuchó, creyó, y el pastor escribe ahora que “muestra todas las señales de haberse rendido sin reservas a Jesús y de caminar en el temor de Dios y en el consuelo del Espíritu Santo.”

¡Muchos se engañan uniéndose a una de las iglesias de Cristo antes de que el Espíritu Santo *los haya unido* a Cristo mismo! El Espíritu Santo, cuando viene con poder salvador, hará estragos en la Iglesia si está formada de tales miembros. Así lo ha hecho en el caso de miles de avivamientos en el pasado, y lo sigue haciendo en muchos lugares a lo largo y ancho de nuestra patria.

Responsabilidad personal por sus pecados

Cierto joven inteligente, amable, honesto y recto, un ejemplo de buena conducta y religiosidad, fue súbitamente sacudido una noche por el Espíritu de Dios.

--¡Oh, mi pecado! ¡Mi pecado! --exclamó

--¿Qué pecado? --preguntó un amigo, pensando qué pecado le estaría remordiendo la conciencia.

--Oh, es mi fría negligencia del Salvador amante.

Durante cuatro horas sufrió la tortura de un sentido espantoso de pecado; y después de que el Señor se le revelara, prometió que su vida sería un sacrificio vivo para alabanza de su Redentor. Su convicción y conversión fueron el medio para impulsar a más de un próspero profesor en la ciudad a preguntarse: “*Soy salvo o estoy perdido?*”

Mucho me temo que muchos y aun los que frecuentan nuestras mesas de comunión *no son salvos* y pasarán la eternidad en el infierno a menos de que se arrepientan de su dependencia de su membresía en la iglesia y de sus demás pecados y, tal como este joven religioso, sean traídos a Jesús para recibir perdón y paz. Es que la religión ¡no salva a nadie! Sólo “la sangre preciosa de Cristo” (1 Pedro 1:19) nos puede salvar del pecado y de la ira. Y usted, mi querido amigo, *¿es salvo o está perdido?* Si es salvo, seguramente recuerda una época cuando estaba perdido, y puede contar algo acerca de su convicción y conversión. Los que son salvos, a menos que fueron santificados desde su infancia, pueden testificar de cómo fueron llevados a un sentido de su pecado y al conocimiento de la salvación.

¿Ha sentido que es pecador y, como tal, ha buscado salvación? Mientras caminaba por la calle cierta mañana, un hombre joven salió apresuradamente de su oficina y me tomó en sus brazos diciendo:

--Oh, señor, he encontrado a Cristo.

--¿Cuándo y cómo? --le pregunté de todo corazón

Entonces me contó lo siguiente:

--Sucede, señor que me he sentido muy ansioso en las últimas semanas. Mi ansiedad aumentó terriblemente el viernes a la noche. Estaba orando. Mientras me encontraba arrodillado mi carga se hizo intolerable. Sentí que mis pecados me presionaban el corazón como si hubieran construido una bodega sobre mi cuerpo. No podía moverme. No podía ponerme de pie. De mi interior salió un clamor tan agonizante que mi vecino de al lado se levantó de la cama y corrió para ver qué pasaba. Oró conmigo. Antes de retirarse encontré la paz por medio de creer en el Señor Jesucristo.

Mi querido amigo, ¿nunca ha tenido una experiencia así? ¿Ha sentido alguna vez que sus pecados le presionaban el corazón, como si tuviera sobre su cuerpo el peso de “una bodega”; y sabe usted lo que es tener paz al creer “en el Señor Jesucristo” (Hechos 16:31)?

“Si no *descubre su pecado* y lo trae al Calvario para ser perdonado y lavado en la sangre de Jesús, tenga por seguro que su pecado lo descubrirá a usted y lo traerá al tribunal de Cristo para ser condenado por él y enviado al castigo eterno.”

Una pequeña niña quien le había dicho una mentira a su mamá antes de salir de casa, se sintió sumamente preocupada cuando oyó decir a un pastor estas cosas terribles en su sermón. “¡Oh, aquella *mentira!*” pensó, “¡Tengo que llevarla al Calvario o ella me llevará al infierno!” Paso a paso, el Señor la guió a verse como una gran pecadora aunque era pequeña; y caminó muchas millas para ver al pastor a fin de preguntarle cómo podía ser salva. Al poco tiempo,

pudo depositar sus pecados sobre Jesús. Cuando después le preguntaron si lo había hecho, respondió:

--Oh sí, nunca más volveré a cargarlos yo.

Mi querido amigo, ¿ha depositado todos *sus* pecados sobre Jesús, y lo ha hecho esto tan adverso al pecado y lo ha llenado de un anhelo tan grande de santidad que ahora siente el anhelo de “no volver a pecar”, como esta querida corderita en el redil del Buen Pastor?

Perdón y bendiciones

Pero no sólo hay perdón en Jesús, hay también toda bendición espiritual que el pecador arruinado necesita. “Por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda *plenitud*” (Colosenses 1:19).

Cierto pastor que estaba acostumbrado a considerar el Evangelio como algo extremadamente simple, inteligible y de poco contenido, se sintió impactado un día por la expresión “*Las inescrutables riquezas de Cristo*”. “Las inescrutables riquezas de Cristo”, se dijo, “nunca las encontré, ¡nunca supe que había riquezas inescrutables en *él!*” Sintió una profunda convicción de pecado, y mientras caminaba impaciente de arriba para abajo en su habitación poco tiempo después, fue guiado a reflexionar en esos dos pasajes de las Escrituras: “*Sin derramamiento de sangre no se hace remisión*” y “*la sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado*”. Creyó en Jesús--fue lavado en su sangre y fue lleno de un “gozo inexplicable”. [Ef. 3:8, Heb. 9:22, 1 Pedro 1:8]

“Subí al segundo piso y luego bajé (cuenta él), caminé de arriba para abajo en mi habitación, aplaudiendo de gozo y exclamando: ‘¡Lo he encontrado! ¡Lo he encontrado! ¡He encontrado a Aquél a quien ama mi alma!’ Y, por un rato, como dijera el apóstol “Si en el cuerpo, no lo sé; si fuera del cuerpo, no lo sé”.

No debe pensar que es increíble que un pastor haya estado predicando *salvación* a otros mientras él mismo estaba *perdido*, porque leemos en el tercer capítulo del Evangelio de Juan que aún el excelente, moral Nicodemo, maestro de Israel, no tenía idea de que debía “nacer de nuevo”. Fue a este hombre principal entre los judíos que Jesús dirigió estas solemnes palabras: “*El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.*” Si había hombre a quien el Señor Jesús hubiera podido mandar que obrara su propia justicia, hubiera sido este hombre, pero aun a él le dice: “*Es necesario nacer de nuevo*” (Juan 3:3-7).

Sus buenas obras

Usted quizá piense: “Si me comporto mejor, Dios me perdonará”, pero ese es un pensamiento vano. De ninguna manera exonerará al

culpable. Ninguna gran reforma del presente puede pagar por los pecados del pasado. El Dios de justicia inflexible lo tiene a usted detenido como criminal, por ley condenado a morir, y todas sus supuestas buenas obras son ahora sólo servicios en la prisión y de nada valen como justificación ante Dios. La sentencia ha sido dictada y si, en el presente obedeciera perfectamente todos los mandamientos de Dios, no serían más que su deber, y el “deber no paga la deuda”. Si se aferra a la idea de comportarse mejor como base para su perdón y aceptación de parte de Dios, su condenación es segura. Porque la Biblia dice:

“Todas nuestras justicias [son] como trapo de inmundicia; y caímos todos nosotros como la hoja, y nuestras maldades nos llevaron como viento.” Isaías 64:6, y,

“Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia.” - Tito 3:5.

A pesar de que nada puede hacer para merecer el favor de Dios, no tiene por qué morir. Le anunciamos las “buenas nuevas”: puede ser salvo en base a la obra completada y aceptada de Aquél que es poderoso para salvar. ¡El Santo Jehová, en su soberana misericordia, envió a su Hijo Jesús para ser el Salvador de los perdidos! Sufrió la cruz, cargó con la maldición de la ley, hizo expiación y abrió el camino de acceso al favor de Dios aun para el peor de los pecadores! Encerró al *pecado*, no a los *pecadores*. Ellos pueden reconciliarse con el Señor.

“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.” - 2 Cor. 5:21

Dios salva a pecadores como un acto de su gracia gratuita, de ninguna otra manera: es por gracia o nada. Esta es una manera gloriosa de ser “justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús.” El viejo camino de las obras está clausurado y vigilado por una espada en llamas; pero el camino nuevo y viviente de gracia gratuita ha sido abierto y consagrado para nosotros por Cristo, el único Mediador entre Dios y el hombre. Si pregunta usted: “¿Qué debo hacer para ser salvo?” la respuesta es sencilla y suficiente porque es la que la Santa Palabra de Dios da: “*Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo*” (Hech. 16:31).

Aunque es una necedad absoluta tratar de juntar justicia con la cual aparecer ante Dios, muchos lo hacen. Un pastor le preguntó a cierta joven quien antes había sido muy frívola, pero que ahora, en su

propio ambiente, es una cristiana consagrada y primera en toda buena obra.

--¿Qué fue lo que por primera vez le hizo pensar en su alma?

Ella respondió:

--En medio de mi necesidad pensaba con frecuencia en mi alma y en el juicio, y muchas veces cambiaba bastante mi vida para bien, pero con la misma frecuencia, cuando llegaba la tentación, volvía a caer y perdía mis convicciones. Cuando las recobraba me sentía muy intranquila porque sabía que no podía comparecer ante Dios con mi vano corazón. Una vez intenté muy seriamente dar forma a una justicia propia, pero todo fue en vano. Lo intenté una segunda vez con el mismo resultado hasta que al fin mi mente estaba puesta en la sola justicia de Jesucristo, y vi una gloria y una perfección en él que me sorprendía no haber visto antes. Con todo mi corazón confié en los méritos de Cristo, y siento que mi paz aumenta y mi amor por Dios aumenta, y creo que no sólo podría vivir para Cristo sino también morir por Cristo.

Mi querido amigo, ¿ha sido ésta su experiencia? ¿Ha visto tal inexpresable gloria y perfección en la justicia del Salvador de los perdidos que ha confiado en sus méritos con todo su corazón y ahora cree que *“no sólo podría vivir para Cristo sino también morir por Cristo”*? ¿Ha tenido una convicción espiritual de pecado y una conversión evangélica a Dios? ¿Está viviendo para el yo y el mundo o para Cristo y la eternidad? Antes de seguir leyendo, hágase seriamente esta pregunta de vital importancia: *¿Estoy perdido o soy salvo?*

Con sus ojos puestos en Jesús

*“Mirad a mí, y sed salvos... porque yo soy Dios,
y no hay más.” – Isaías 45:22*

Condenado a morir

Querido amigo, el anhelo de mi corazón y mi oración a Dios por usted es que sea salvo. Usted se considera un pecador perdido, y así es porque es realmente cierto. Usted nació en pecado; usted ha vivido en pecado y, debido al pecado, ha sido condenado por la santa ley de Dios a morir, “¡porque la paga del pecado es muerte!” Pero la gracia de Dios es sobreabundante; y él nos ha dado la prueba más irrefutable de que ama a los pecadores y que desea que obtengan salvación “por medio de nuestro Señor Jesucristo, quien murió por nosotros.” [Rom. 6:23, 1 Tes. 5:9, 10]

Lo que Dios hizo

Jesús es un Salvador totalmente suficiente, y él puede y anhela salvar al peor de los pecadores. Su obra de *redención* ha sido completada, como lo demuestran las Escrituras. [Redención es el pago del precio de una deuda; o sea la muerte de Cristo como pago total de la pena que debíamos pagar por nuestros pecados.] Él fue herido por nuestras rebeliones, fue molido por nuestros pecados. El mismo cargó con nuestros pecados en su propio cuerpo en la cruz. Murió por los impíos. Murió el Justo por los injustos. Apareció en nuestra naturaleza, tomó nuestro lugar, “nació bajo la ley” y soportó su maldición. Ha vencido el pecado por darse a sí mismo como sacrificio y, por su obediencia y muerte, ha magnificado la ley por lo que Dios se complace en todos los que creen en su nombre “por amor de su justicia”. [Juan 19:30, Isaías 53:5, 1 Ped. 2:24, Rom. 5:6, Gál. 4:4, 2 Ped. 1:17, Isaías 42:21]

El propósito principal de Dios en la Biblia es darse a conocer como un Dios de gracia --un Dios en Cristo reconciliando a pecadores

con sí mismo. No guarda su rencor para siempre, porque se deleita en la misericordia. Tenemos sobrada prueba de esto en el hecho de que envió a su único Hijo al mundo a fin de que vivamos por medio de él. ¿Qué más que su amor por los pecadores puede haberlo impulsado a hacer esto? Dios envió a su Hijo a morir por sus enemigos --para redimir a los rebeldes e impíos de *la ira que merecen*.

[La ‘ira que merecen’ es la justa ira de Dios hacia nuestro pecado; es merecida porque hemos quebrantado su santa ley --2 Cor. 5:18, Miqueas 7:18, Juan 3:16]

Y lo maravilloso para usted en este momento es saber el verdadero fundamento para la *paz* de un pecador arruinado que merece el infierno. Jesús es nuestra paz, quien ha hecho las paces por medio de la sangre de su cruz. Todos hemos pecado y no alcanzamos la gloria de Dios. La muerte eterna es el *triste resultado* del pecado, porque Jehová Santo dice en su Palabra que toda alma que pecare morirá. De ninguna manera exonerará al culpable. Pero, por su gran amor “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo [a Cristo] pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”. “En esto mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él.” [Ef. 2:14, Col. 1:20, Rom. 3:23, Ez. 18:20, Exo. 34:7, 2 Cor. 5:21, 1 Juan 4:9]

La idea de redimir a los pecadores perdidos de la maldición de la ley se originó en el corazón amante de Dios. Y cuando Jesús apareció en nuestro mundo fue como “Dios manifestado en carne” y para redimirnos “de la maldición de la ley, hechos por nosotros maldición.” Se dio a sí mismo por nuestros pecados. *Este intercambio* fue maravilloso y lleno de amor. Jesús satisfizo la ley y la justicia de Dios. Cargó con la maldición de la ley y, por lo tanto, nos libra de esa maldición. Hemos quebrantado la ley y somos culpables y estamos bajo maldición, pero si somos encontrados en Cristo, Dios nos considera libres de toda culpa y maldición como lo está Jesús --porque la culpa le fue *imputada* a él y él cargó con la maldición. Murió, pero fue resucitado para nuestra *justificación*, y se encuentra a la diestra de Dios donde intercede por nosotros.

[‘Imputado’ significa poner en la cuenta de otro. ‘Justificación’ es la acción judicial de Dios por la cual nos reconcilia con él por medio de cumplir en Cristo la justicia de su ley —1 Tim. 3:16, Tito 2:14, Rom. 4:25, Rom. 8:34.]

Si usted quiere perdón

Ahora bien, si algún pobre pecador quiere perdón, acérquese a Dios en el nombre de Jesús y encontrará redención por medio de su sangre, el perdón de todos sus pecados. Querido amigo, ¿ansía usted

perdón? “Perdonará abundantemente.” Si Dios no quisiera salvar a pecadores perdidos como usted, la fuente que fue abierta pronto se cerraría, y este mundo infestado de pecado sería arrasado por el fuego. Mientras sea usted preservado con vida y mientras este mundo no sea consumido por el fuego, puede creer que para usted hay perdón de Dios y “redención abundante” en su Hijo amado. [Heb. 10:20, Ef. 1:7, Isa. 55:7, Sal. 130:7]

Pero recuerde que “la salvación es de Jehová”. Él mismo debe salvarlo. No puede tolerar ningún rival en esta gran obra. Su propio brazo traerá salvación. Cuidese de no caer en el error tan común entre almas ansiosas, de hacer salvador a los “razonamientos” de su propia mente. Su propia experiencia es encantadora, pero es un pobre sustituto de Jesús. El estado más elevado de la mente no puede dar salvación. Es en Jesús sangrando, muriendo, expiando el pecado y sufriendo bajo la terrible espada de la justicia de Dios, que debe poner sus ojos; y si así lo hace, sentirá que “la paz que sobrepasa todo entendimiento” guardará su corazón y mente y que un “gozo inefable y glorioso” brotará dentro de su alma. [Jon. 2:9, Rom. 5:11, Fil. 4:7, 1 Ped. 1:8]

El mismo Jesús que dio su vida por los pecadores y que conoce mejor que nadie la gracia que hay en el corazón del Padre, en el Evangelio llama a todos los pecadores acudan a él y sean salvos. Dice: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”. Sus dulces palabras para usted, pecador cansado y cargado son: “Venid a mí, y yo os haré descansar”. ¿Qué? ¿Necesita tanto descanso? Su culpa es una carga tan pesada que pronto le hundirá bajo su peso; pero acuda a Jesús, y él se la quitará de su alma, y le dará descanso inmediato. ¿Se siente perdido? Pues “el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido”. ¿Acaso no quiere salvarlo a usted? “Mirad a mí y sed salvos” es su propia exhortación cariñosa. [Mat. 11:28, Isa. 45:22]

¿Puede negarse a poner su mirada moribunda en Aquél que fue traspasado? Puede reflexionar en su amor al morir por usted y no creer que está dispuesto a salvarlo? ¿Puede pensar en él como Jehová-Jesús (el Dios-hombre, totalmente divino y totalmente humano), el Mediador eterno y no captar su habilidad para salvar? “Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos.” Con el amor de un hermano, con la compasión y misericordia de Dios, él le ruega que lo acepte ahora como su Salvador. ¿Se considera vil, culpable, despreciable y perdido? A tales él salva. “Jesús no vino a llamar a justos, sino a pecadores.” [Heb. 7:25, Juan 15:15, Sal. 145:8, Mat. 9:13]

Qué agobiante debe ser aquella palabra de “un Dios justo y un Salvador” a su alma atribulada: “Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana.” “¡Venid luego!” a pesar de todas las transgresiones, contaminaciones, toda la ingratitud, el formulismo y la indiferencia de su vida pasada. Venga con todos estos, y antes de intentar encontrar alguna manera de hacerse aceptable. No piense que sus pecados son demasiados, ni demasiado graves ni demasiado grandes como para ser perdonados. ¡La salvación en Jesús es tan grande y tan completa, que lo más sorprendente del universo es que los que se lo proponen puedan encontrar la manera de ignorarla y entrar al mundo de condenación! Si quiere evitar ser salvo tiene que, reprimiendo su convicción, levantarse y escapar, no sea que el río de gracia lo impulse adelante hacia una eternidad gloriosa. ¿Puede usted vacilar en aceptar un perdón tan completo, gratuito, perfecto y eterno de todos sus pecados como el que el evangelio le ofrece y le insta aceptar? Deténgase, y vea la salvación de Dios. “He aquí el Cordero de Dios” y ¡sea salvo! [Isa. 1:18, Juan 1:29]

Su situación

Veo su caso de este modo: Usted parece ser como el que por acercarse demasiado al borde del precipicio, ha caído en él aferrándose a las ramas de algún arbusto que crece en las hendiduras de la roca, para no caer de risco en risco hasta terminar en el abismo con el cuerpo destrozado. Un amigo se encuentra parado en un saliente y le pide que se suelte y que él ciertamente lo salvará de una inminente destrucción. Él cree, sigue las indicciones de su amigo y se salva. Usted siente que se encuentra en un peligro inminente --colgado en el borde de un infierno eterno, y está dispuesto a aferrarse a cualquier cosa que parezca brindarle aun la menor posibilidad de salvarse. Puede estar aferrándose a la predicación de la Palabra, la oración, la convicción de pecado, la lectura de la Biblia y de libros religiosos, a las lágrimas, los arrepentimientos, las resoluciones y las ansiedades, pero todos estos son meras ramas a las que se aferra al sentirse colgado sobre la boca del infierno. No puede ser salvo por ellas. Si no aparece nadie capaz de salvarlo y llevarlo a un lugar seguro, perecerá irremediabilmente.

Pero el Señor Jesús --el amigo del pecador-- aparece extendiendo sus brazos misericordiosos y pidiéndole que suelte todos los medios humanos de salvación y que él ciertamente lo salvará con una salvación eterna. Escuche su voz, escuche sus “palabras llenas de

gracia” que proceden de su boca, y suéltese de todo aquello a lo cual se aferra. Y si lo hace en obediencia a su llamado y confía en su habilidad para salvar, se encontrará apoyado en el divino Redentor y sentirá que “el eterno Dios es [su] refugio”, y que debajo suyo están “los brazos eternos”. Cuando haga usted esto con la sencillez de un niño, él, habiendo buscado y encontrado su oveja que se había perdido, lo colocará, lleno de regocijo, sobre sus hombros, lo cargará durante toda su vida y al final lo pondrá en el redil eterno en la ribera de “un río limpio de agua de vida”, en la tierra de Emanuel.

[‘Emanuel’ es un nombre bíblico dado a Jesús en el Antiguo Testamento que significa “Dios con nosotros” --Deut. 33:27, Sal. 119:176, Mat. 15:24, Apoc. 22:1, Isa. 8:8]

“Quisiera relatarle, como me fue relatado a mí, el caso de una dama en Escocia, y cómo sus dudas y su angustia fueron quitadas. Sucedió durante una campaña de avivamiento en la que varios conocidos de esta señora habían aceptado a Cristo. Entre ellos, una amiga particular de ella se había convertido. Sintiéndose un poco preocupada por sí misma, se acercó a un siervo de Cristo que estaba trabajando en el lugar, y le dijo que se sentía desdichada. Él contestó que se alegraba de oírlo. Asombrada ante esto, y también algo ofendida, le contó al pastor de los esfuerzos que había hecho para obtener salvación, cómo había leído y orado, pero que estaba tan lejos como siempre de sentir paz. Él le dijo que no era por nada que ella hiciera sino por lo que Jesús mucho tiempo atrás había hecho y completado en la cruz que ella podría ser salva. A ella todo le pareció incierto y misterioso, y se retiró; pero resuelta a visitar a su amiga que hacía poco se había convertido. Así lo hizo, y le preguntó qué había hecho para obtener la paz de la cual hablaba.

--¡Hecho! ¡No he hecho nada! Es por lo que Cristo ha hecho que he encontrado paz con Dios.

La señora contestó que eso era lo que el pastor le acababa de decir, pero que no lo podía comprender. Así que fue a casa mucho más afligida; y, encerrándose en su propia habitación, cayó de rodillas, resuelta a no volver a levantarse hasta no haber encontrado descanso y paz.

Por cuánto tiempo siguió su agonía no lo puedo decir, pero ya exhausta, finalmente quedó dormida. Mientras dormía, soñó que se caía por un terrible precipicio, pero que se tomó de una rama que colgaba sobre el abismo. Se aferró a ella, clamando que alguien la ayudara cuando, desde abajo, una voz que ella sabía era la voz de Jesús, le pidió que soltara la rama y que él la recibiría y salvaría. ‘¡Señor, sálvame!’ exclamó. Pero la voz nuevamente respondió:

‘Suelta la rama’. Pero no se atrevía a soltarla, sino que siguió clamando ‘¡Señor, sálvame!’ Por fin, Aquél que estaba abajo, cuya voz oía pero a quien no veía, dijo en el más tierno y solemne tono: “¡No te puedo salvar si no sueltas la rama!” Desesperada, soltó la rama, cayó en los brazos de Jesús, y el gozo de encontrarse allí la despertó. Aprendió la lección que su sueño le enseñó. Percibió que Jesús era digno de toda su confianza y que no sólo no necesitaba la rama de la auto dependencia, y que el aferrarse a esa rama era lo que la había mantenido lejos de Cristo. La soltó, y descubrió que Jesús es absolutamente suficiente.”

El punto que queremos ilustrar por medio de este ejemplo es que el que despierta tiene que despojarse de toda *auto dependencia* y, descubriendo que el Salvador es una Persona independiente y aparte del yo, confiar “sólo en Jesús”. [Mar. 8:34-36, Luc. 14:33]

La salvación es un don gratuito

No hay objeto en el universo tan gratuito para usted como Cristo. Él está dispuesto a ser su Salvador. Si usted está dispuesto a ser salvo, entonces todo está bien. Él le ofrece salvación como un regalo --“sin dinero y sin precio”. El Dios de gracia ha hecho que la salvación sea tan gratuita para todo pecador que nos sería completamente imposible hacerla más gratuita. La salvación de Dios está ante un mundo de pecadores perdidos; y la invitación de Jehová, llena de gracia, es para cada sediento: “A todos los sedientos: Venid a las aguas” (Isaías 55:1). ¡El Señor no hubiera podido invitarle más explícitamente aunque hubiera escrito su nombre en esta invitación conmovedora!

Oh alma querida, acuda a “las aguas” de la salvación. “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo.” Sólo crea y su salvación desde ese momento será tan cierta como si ya estuviera en el cielo. La salvación no es algo dudoso para el creyente en Jesús: “serás salvo”. El hombre a quien originalmente se le dijo esto, creyó, fue salvo y se regocijó en Dios en esa misma hora. Éste es para usted “el día de salvación”. Si pone los ojos en Jesús, y le confía a él la salvación de su alma, tendrá perdón, paz, gozo y esperanza de gloria este mismo día. Confíe en que Dios borrará todos sus pecados en el nombre de Jesús, y pronto exclamará maravillado “¿Qué Dios como tú, que perdona la maldad...?” porque entonces sabrá por experiencia acerca del perdón precioso para el alma llena de cargas. [Hech. 16:31, 2 Cor. 6:2, Miq. 7:18]

Se cuenta que Martín Lutero, el gran reformador, se encontraba bajo una profunda y prolongada convicción de pecado antes de tener paz y que un anciano monje fue el instrumento para traer paz a su

atribulada conciencia. Sucedió de esta manera: Se encontraba bajo convicciones de pecado aplastantes, y tenía tales conflictos espirituales que su salud se vio quebrantada. Lo pusieron en cama, y estuvo muy cerca de la muerte. Estando en esta condición, se sentía terriblemente trastornado por un vívido temor de la santidad de Dios y su propia iniquidad. El anciano entró en su celda y recitó este artículo del credo: “Creo en el perdón de los pecados” (Hech. 26:18). “Estas sencillas palabras que el piadoso hermano pronunció con sinceridad en este momento decisivo, brindó gran consuelo al corazón de Lutero.”

--Yo creo, --se repetía a sí mismo en su cama de enfermo--, yo creo en el perdón de los pecados.

--¡Ah! --dijo el monje--, no sólo debes creer en el perdón de los pecados de David o de Pedro, porque aun los demonios creen: El mandato de Dios es que creamos en *el perdón de nuestros propios pecados*.

Desde este momento se encendió una luz en su alma, y la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento, guardó su corazón y su entendimiento en Cristo Jesús.

El perdón de los pecados recibido como una bendición personal es lo único que puede dar vida, luz y paz. Nunca podrá usted tener verdadera piedad a menos que sea “aceptado en el Amado” (Ef. 1:6); y nunca podrá tener un alma feliz hasta tener conciencia del perdón y de la aceptación. Hay perdón con Dios y al estar “con Dios” lo que fue prometido gratuitamente es suyo con sólo pedirlo; por lo tanto “Buscad a Jehová mientras pueda ser hallado, llamadle en tanto que está cercano” (Isaías 55:6). Si acude a él a través de Cristo confesando sus pecados, comprobará que es fiel y justo en perdonarle sus pecados y, por experiencia personal podrá decir:

“Oh Jehová; pues aunque te enojaste contra mí, tu indignación se apartó, y me has consolado. He aquí Dios es salvación mía; me aseguraré y no temeré; porque mi fortaleza y mi canción es JAH, Jehová, quien ha sido salvación para mí” - Isaías 12:1, 2.

Échese a los pies de Emanuel como un pobre pecador moribundo, clamando: Señor, sálvame; y si muere al hacerlo, será el primero que jamás lo haya hecho. “El que a mí viene,” dice el amante Jesús, “no le echo fuera” (Juan 6:37).

*Nada en mi mano traigo, Simplemente a tu Cruz me aferro;
Desnudo, acudo a ti para que me vistas, Desamparado, en tu gracia confío;
Inmundo, a tu fuente vuelo, Lávame, Salvador, o muero.*

La cercanía de Jesús

“Acerquémonos con corazón sincero,
en plena certidumbre de fe.” – Hebreos 10:22

¡Jesús está cerca!

Querido amigo, hace tres mil años, un hombre, tan terriblemente perplejo como podría estar usted o cualquier persona, dijo, después de enunciar todas las razones de su perplejidad: “Me hace bien acercarme a Dios”. Con cuánta razón puede un pecador preocupado y perplejo decir: “Me hace bien que *Dios se ha acercado a mí*” porque esa es la realidad extraordinaria de la revelación cristiana.

Dios no se ha mantenido a distancia de nosotros pecadores como podía haber mantenido; sino que al contrario, ha aparecido entre nosotros en “el hombre de Cristo Jesús”, que es Emanuel --“*Dios con nosotros*” y él es Emanuel tal como él es Jesús. Él es “Dios con nosotros” con el propósito expreso de salvarnos de nuestros pecados. “Apareció para quitar nuestros pecados”; y fue visto por los hombres como un verdadero Jesús, tan cercano, que cuando colocaron frente a él a un indefenso pecador, pudo decirle en su cama de enfermo: “Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados.” [1 Tim. 2:5, Mat. 1:23, 1 Juan 3:5, Mat. 9:2]

No debemos pensar en “Dios nuestro Salvador” (Tito 3:4) como alguien muy lejos de nosotros, porque ciertamente está *muy cerca*. Estaba muy cerca de los hombres entre quienes vivió cuando anduvo aquí sobre la tierra, porque lo vieron con sus propios ojos, lo oyeron con sus propios oídos, lo tocaron con sus manos, navegaron con él en la misma barca, caminaron con él por el mismo camino, se sentaron con él a la misma mesa y durmieron con él bajo el mismo techo.

Y realmente está tan cerca de usted ahora como lo estuvo de los hombres de su época. No está tan cerca en un *sentido físico*, sino muy cerca de la *fe*. Lo que era en aquel entonces por ser persona viva, es ahora por su evangelio, su Palabra escrita. Era hombre y andaba entre

toda clase de hombres. En él moraba toda la plenitud de bendiciones, y él otorgaba sus cosas buenas a los necesitados que apelaban a él. Vino con el propósito de ayudar a todos los que sentían su necesidad de él. [Col. 1:19]

Y lo que era entonces es ahora por la palabra de su gracia. Está cerca de cualquiera que toma el pasaje de su Santa Palabra y lo deja penetrar en su mente por medio de sus ojos y sus oídos. Dondequiera que la revelación de que “Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores” penetra la mente del hombre, allí está él. Y cuando Jesús está brillando así en el corazón por medio de la Palabra, si el “espíritu de fe” está actuando para sensibilizarlo, producirá una impresión indeleble de él. [1 Tim. 1:15, 2 Cor. 4:13]

Lo que dicen las Escrituras

“No digas en tu corazón, ¿Quién subirá al cielo? (esto es, para traer abajo a Cristo); o, ¿quién descenderá al abismo? (esto es, para hacer subir a Cristo de entre los muertos). Mas ¿qué dice? Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que predicamos: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo” Romanos 10:6-9.

“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad” - Juan 1:14.

*“Mas el Dios de toda gracia” asumió nuestra naturaleza y “habitó entre nosotros” como uno “lleno de gracia y de verdad.”
“Que os ha nacido hoy,...un Salvador, que es Cristo el Señor.” -
[1 Ped. 5:10, Luc. 2:11]*

El Salvador se ha acercado a los que piensa salvar, a fin de que haya una *relación de nacimiento* entre ellos porque, “participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo”. La idea preponderante en la redención es quitar todo aquello que ha creado una distancia moral entre nosotros y Dios. La expiación por medio del derramamiento de sangre de Jesús es recibida por nosotros como aquello por medio de lo cual Dios y nosotros somos uno. “Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios.” Y “ahora en Cristo” aquellos que por su naturaleza y su transgresión “estaban lejos, [han] sido hechos cercanos por la sangre de Cristo. Porque él es nuestra paz”. Sus obras de gracia y sus sufrimientos han quitado todas las causas para seguir

distanciados de Dios como si no fuera un Dios de gracia; y todas esas obras que hizo cuando se encontraba sobre la tierra tenían como fin aniquilar de una sola vez la distancia moral que existe entre él y los pobres pecadores necesitados. [Heb. 2:14, Rom. 5:11, 1 Ped. 3:18, Ef. 2:13, 14]

El Dios a quien hemos dado justa razón para estar ofendido con nosotros, aún reconcilia a los pecadores consigo mismo por medio de Cristo, no imputándoles sus transgresiones. Y cuando consideramos todo lo que ha hecho, y todas las manifestaciones de su gracia y buena voluntad que ha demostrado para con los hombres, y la manera sorprendente de actuar con los necesitados que acudían a él sobre la tierra, no podemos menos que llegar a esta conclusión: el gran pensamiento subyacente de su misión a nuestro mundo era *revelar al Padre*, a fin de inspirar a los hijos de los hombres distanciados a *confiar en él plenamente*.

Cuando leemos las cuatro narraciones de la vida de Jesús (Mateo, Marcos, Lucas y Juan) y oímos la conclusión de toda la cuestión, tal como fue dada por el Espíritu Santo en las memorables palabras: “Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre”, por cierto que no podemos menos que decir “Todo está listo”, el camino de vida está abierto, Cristo se *está acercando*, “acercuémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe.” [Juan 20:31, Mat. 22:4, Heb. 10:22]

Todo esto es muy valioso y trae pleno consuelo al pecador despierto e inquisitivo. El Salvador *siempre* está cerca suyo; “porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó.” “Jesucristo ha venido en carne.” [1 Juan 1:2]

Él es “el Señor de nuestra justicia” y por fe puede declararlo suyo para llenar sus necesidades y puede decir con confianza al abrazarlo: “en el Señor tengo justicia y fortaleza.” [Jer. 23:6, Sal. 71:16]

Tiene “potestad en la tierra para *perdonar pecados*”, porque no sólo es Dios de gracia, sino que “se presentó una vez para siempre por el sacrificio de sí mismo para quitar de en medio el pecado”. Como alguien ha dicho con razón: “El perdón es traído *cerca* y seguro para el alma --la palabra de fe al corazón y a la boca-- que aniquila la distancia, y convierte el perdón en una bendición presente. [Mat. 9:6, Heb. 9:26]

Jesús aún nos habla

“Jesús ha bajado para actuar con gracia entre los hombres, sin la intervención de un médium. El pecador y el Salvador se acercan cara a cara; por lo tanto, Dios no ha de ser buscado a distancia, debajo de ceremonias secretas o dentro del claustro de los templos. El bendito Salvador camina afuera entre nuestras necesidades con su gracia maravillosa y condescendiente”, tan *cercano* que cualquier pecador no tiene más que levantar su ojos y ¡he aquí! “un Cordero como inmolado” está delante suyo (Apoc. 5:6), y puede oír la voz de Jesús diciendo: “tus pecados te son perdonados.”

Pensemos en Jesús como la historia del Evangelio nos lo muestra. Es el mismo ahora, lleno de gracia, como cuando dijo al paralítico: “Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados”; el mismo como cuando la “mujer que padecía de flujo de sangre desde hacía doce años... tocó el borde de su manto,” y le oyó decir: “Hija, tu fe te ha salvado”; el mismo que escuchando el clamor de dos ciegos cuando pasaba: “¡Ten misericordia de nosotros, Hijo de David!”, tocó sus ojos diciendo: “Conforme a vuestra fe sea hecho”, y sus ojos fueron abiertos; el mismo que puso sus manos sobre el leproso diciendo: “Quiero, sé limpio. Y al instante su lepra desapareció”; el mismo que cuando “se *acercaban* a Jesús los publicanos y pecadores para oírle”; el mismo lleno de gracia es aún Jesús como cuando “anduvo haciendo bienes” y “murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras”. [Mat. 9:2-6, Luc. 8:44-48, Mat. 9:27-28, Mat. 8:3, Hech. 10:38, 1 Cor. 15:3]

“Sigue siendo el mismo Señor, y se propone serlo. No se ha vuelto a retirar detrás del velo, ni juntó aquello que fue rasgado desde arriba hasta abajo. No ha vuelto a construir aquello que destruyó. Lo que él llena y amuebla no es un ‘santuario mundano’, ni vuelve a esconderse bajo ceremonias y observancias y ritos y prácticas. Ha descendido del cielo a la tierra, anda entre los hombres en el ministerio de su precioso evangelio y por su Espíritu, rogando a pecadores que se reconcilien con Dios.” Él es el Cristo de Dios, el Amigo de pecadores, el Salvador de los perdidos. Éste es el Jesús que le dice, oh corazón inquieto: “Venid a mí... y yo os haré descansar.” El evangelio de Jesucristo, el Hijo de Dios, cuando es comprendido correctamente y creído realmente, remplace y arrasa totalmente con todos los elementos de la religión carnal, en la cual el hombre tiende a confiar. [Mat. 27:51, Heb. 10:20, Mat. 11:28]

Religiones carnales

La superstición es la religión de muchos. Millones le tienen un miedo supersticioso a Dios, y usan diversos métodos rápidos para

librarse del objeto de su terror. Mantenerlo a distancia a fin de que no derrame sobre ellos el frasco de su ira es su único deseo. Dios ha enviado a su Hijo por gracia, pero muchos todavía no lo saben. Viven y mueren en el temor y la oscuridad. Pero la mayoría de aquellos que han oído acerca de Jesucristo tienen unas nociones tan equivocadas con respecto a él y su misión y obra de amor, tan lejos están de reconocerlo como “lleno de gracia y de verdad” o como el que “se muestra paciente con los ignorantes y extraviados” que neciamente eligen ellos mismos a una criatura similar para ser mediador entre ellos y el Señor. Cuando comprendemos la preciosa verdad que Jesús, el Hijo del Hombre, tiene poder sobre la tierra para perdonar pecados y es todavía el mismo en cuanto a su gracia que era cuando le dijo a la pobre mujer pecadora que le lavó los pies con sus lágrimas: “Tus pecados te son perdonados... Tu fe te ha salvado, vé en paz” es el momento de dejar atrás todos los sentimientos paganos y prácticas idólatras. [Juan 1:14, Heb. 5:2, Luc. 7:50]

El sacerdotalismo [la religión de usar un sacerdote para representarlo a usted ante Dios] es también descartado por la verdadera fe que se apropia de Jesús como un Salvador siempre cercano. Muchos no tienen otra religión que la de los sacerdotes. Pero esa no es la religión del Nuevo Testamento. Hubo, por cierto, un sacerdocio designado divinamente, aquellos por medio de quienes los adoradores bajo el régimen del Antiguo Testamento se acercaban a Dios. Tenían que acudir por la senda consagrada, y sus transacciones tenían que ser realizadas por un sacerdocio consagrado, de lo contrario no podían ser aceptados. Pero esto servía sólo como una sombra de las cosas buenas que vendrían, y fue descartado completamente cuando el gran Apóstol y Sumo Sacerdote de nuestra profesión, Cristo Jesús, entró en el cielo mismo con su propia sangre para aparecer allí en la presencia de Dios abogando por nosotros. [Col. 2:17, Heb. 9:11-24]

Habiendo venido Cristo, ya no se necesita ningún sacerdote, y los únicos que hay son los hechos por el hombre, que actúan descaradamente ante el evangelio y el genio de la dispensación actual. Dios no designa ahora ningún sacerdote, y todos los que conocen a Jesús como el Sacerdote bendito que tiene poder sobre la tierra para perdonar los pecados, no confían en ningún sacerdocio humano porque, teniendo a Jesús, no sienten necesidad de ningún otro sacerdote, y están convencidos, en razón de las Escrituras, que la era de los sacerdotes ha pasado. El poder terrible de los sacerdotes humanos tiene su origen en el temor supersticioso a Dios que domina a los que los emplean; pero dondequiera que Jesús *se acerca* y dice: “¡Tened ánimo; yo soy, no temáis!” “Paz a vosotros”, el oficio del

sacerdote es suplantado por la fe, y su poder llega a un súbito final. [Marcos 6:50, Juan 20:19-21]

La religiosidad es también descartada por la fe en Jesús quien siempre está cerca. Es triste pensar que muchos son víctimas de la religiosidad al igual que de la mundanalidad. Hay millones cuyas ideas del cristianismo son tan bajas o equivocadas que creen que la Iglesia, con sus diversas designaciones, es una institución equipada con la maquinaria para poner *religiosidad* en la gente, tal como una fábrica está equipada con maquinaria para producir mercadería hecha por ella. La mayoría de las personas no parecen tener conciencia de la verdad principal del cristianismo, de que “Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores”. Su conducta pareciera indicar que han adoptado la noción de que Cristo no vino “a buscar y a salvar lo que se había perdido”, sino para poner su sello de aprobación sobre los que están haciendo sus mejores esfuerzos por superarse; porque la *religiosidad*, que es el único evangelio conocido por la generalidad de los eruditos, procede evidentemente de este concepto. [1 Tim. 1:15, Luc/ 19:10]

El hombre *religioso* “cree que la adoración hace al adorador y, por lo tanto, debe ocuparse diligentemente de la adoración a fin de ser aceptado. La idea principal que tal hombre tiene con respecto a la adoración (como la oración y la alabanza y el servir) es que es un medio para asegurar su aceptación y lograr la reconciliación con Dios. Trae sus ofrendas como los sobornos o los pagos del criminal, no como ofrendas de acción de gracias del perdonado. Adora a fin de aplacar a Dios y persuadirle que lo colme de sus favores. Pero Dios no puede ser dueño de una religión cuyo propósito es comprar su amor, persuadirle que sea bueno y que acepte la persona del adorador en base a la multitud o excelencia de sus obras.”

El verdadero cristianismo es Cristo

¡Qué distintas de todo esto son las obras de Jesús! Él dice: “Hijo, tus pecados te son perdonados” (Mar. 2:5-9), y nunca dice una palabra acerca de ningún *servicio* que el hombre haya realizado para ganárselo, ni lo obligó a servirle en el futuro. Lo dejó libre y lo envió de vuelta a su casa, sabiendo bien que, por gratitud, se consideraría “libre para servir, pero no para pecar”. Jesús al acercarse y dispensar gratuitamente su gracia a pecadores de toda especie, quita la *religiosidad* de raíz.

Ciertamente que es triste cuando se les enseña a los hombres a considerar a Dios con una veneración meramente natural como “Dios grande, digno de ser temido” que habita “en la obscuridad”, lejos del

pecador moribundo y necesitado. Éste no es el Dios del evangelio porque Jesús, siendo Dios-hombre, realmente está cerca de los pobres pecadores, tan condescendiente y tan dispuesto a suplir todas sus necesidades como lo estaba cuando se había “manifestado en la carne” como “el Hijo del Hombre” quien vino “a buscar y a salvar lo que se había perdido”. [Dan. 9:4, 1 Rey. 8:12, 1 Tim. 3:16, Luc. 19:10]

“Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura” - Hebreos 10:19-22.

Descanso para los cansados

*“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados,
y yo os haré descansar.” – Mateo 11:28*

¿Necesita usted descanso?

En el mundo abundan los trabajados y cargados. En realidad, hay pocos que no lo estén. Éste es un lugar de dolor y suspiros; un valle de lágrimas y sufrimientos. El hombre nacido de mujer tiene pocos días, y ellos están *llenos* de problemas. Así como una ola sigue a la otra en la playa, y como una estación sigue a otra estación, así los problemas siguen a los problemas en la vida del hombre. Ésta es la experiencia general. El pecado ha entrado y traído culpabilidad a los hijos de este mundo y maldición sobre el suelo. Sufrimiento y dolor, aflicción y muerte han sido la terrible secuela del pecado de Adán, y no se puede disfrutar de ningún descanso *real* hasta que el pecado sea quitado del culpable y ningún descanso *eterno* hasta que el culpable sea quitado definitivamente del pecado mismo. Los hijos de esta tierra han tenido siempre una percepción general que en ellos había algo malo, y han hecho repetidos esfuerzos por cambiar su condición y obtener paz para sus almas; pero todos estos han sido infructuosos: El mal no ha cesado, y el paraíso no ha sido restaurado. El mundo no ofrece los materiales necesarios para una dicha real e ininterrumpida.

Cada corazón conoce su propia amargura, y cada individuo siente su propio dolor. No todos llevan la carga del mismo tipo de males. Para uno, la carga puede ser una aflicción personal; para otro, un problema familiar y, para un tercero, un revés en su condición económica. Pero todos sí sienten, en un momento u otro, tanto de aquello que es maligno que los hace llegar a la conclusión de que éste es un mundo impío y decepcionante. Y cuando miramos a nuestro alrededor y observamos realísticamente la condición en que se encuentra la sociedad, nos veremos forzados a llegar a la triste conclusión de que éste es un mundo pecaminoso, lleno de dolor,

cargado y trabajado. Las palabras como “*Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar*”, seguramente comunican a un mundo como el nuestro una *invitación* peculiarmente apropiada y bienvenida.

¿Quién extiende esta invitación?

Es la voz de Emanuel que llega a nuestros oídos. Éstas son las palabras del Redentor compasivo que el ojo del cansado ve. Fue la Palabra encarnada quien dijo estas preciosas palabras. Deje que su pensamiento reflexione en esa asombrosa realidad. “¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!” Pero no se puede esperar que ningún hombre hable como él, porque aunque había tomado la forma de siervo y la semejanza del hombre, era, no obstante, el Hijo de Dios y, como tal, conocía perfectamente al Padre. Esto es lo que dijo con respecto a sí mismo: “Nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar.” [Juan 7:46, Mat. 11:27]

¡Que descubrimiento es éste en cuanto a la obra de Jesús! Él revela a *Dios como un Padre* para los pobres pecadores marginados. Ésta es una gracia sin paralelos. No sólo da a conocer la mente de Dios, sino que también revela *su corazón*; porque lo da a conocer como su Padre y como nuestro Padre. Viene para mostrarnos que aunque hemos dejado de sentirnos como sus hijos amantes y obedientes, él no ha dejado de tener por nosotros los sentimientos de un Padre. Es él, entonces, el que vino del Padre para declarar su amor y testificar de él, quien aquí habla. Justamente Aquél que vino para revelar la gracia y el amor de nuestro Padre en el cielo, invita a los pecadores cansados a venir a él. Siendo partícipe de la naturaleza del Padre, no puede haber error de su parte cuando habla del Padre “Dios..., en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo” (Heb. 1:2). Nos ha hablado a nosotros por medio de Jesús en palabras y hechos inigualables, y todavía nos habla por medio de él con palabras llenas de infinita ternura y amor.

Pero hay algo más en la persona de Jesús que merece nuestra atención. No sólo es “el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia”, es también partícipe de nuestra naturaleza. Y, además, no apareció sobre la tierra como lo hizo un Adán antes de la Caída; apareció “*en semejanza de carne de pecado*”. Si usted lo hubiera visto, lo hubiera declarado el “hermano nacido para la adversidad” porque era “varón de dolores, experimentado en quebranto”. Se cansaba, tuvo hambre y sed: conoció la hondura de la pobreza, y sintió la carga del trabajo cotidiano. Sí puede, por tener la naturaleza de

Dios, revelar todo lo que el Padre es y siente en su corazón hacia nosotros; por ser partícipe de la naturaleza del hombre puede simpatizar con nosotros, sufrir con nosotros y hacer que nuestro caso sea el suyo. Éste, pues, es él --el Dios-hombre-- quien se puso de pie junto a las aguas del lago en el monte de Galilea y dirigió su invitación misericordiosa a la multitud que lo rodeaba. [Heb. 1:3, Rom. 8:3, Prov. 17:17, Isa. 53:3]

Pero sabemos ahora, o *podemos* saber, más de él que lo que sabían aquellos a quienes fueron dirigidas estas palabras. Lo conocemos como el Primero y el Último, y El Que Vive habiendo estado muerto, y que vive eternamente. Escuchamos la invitación desde el Getsemaní, la escuchamos desde el Calvario, la escuchamos desde el trono celestial. Él fue entregado por nuestras ofensas, fue herido por nuestras transgresiones, fue levantado para nuestra justificación, y es exaltado para nuestra santificación [el proceso por el cual somos conformados al carácter divino]; volverá nuevamente para nuestra salvación eterna. Sus palabras todavía revelan al Padre --tal como lo hace su obra redentora completada, y como lo hace su Espíritu Santo cuando ilumina el alma tenebrosa.

¿A quiénes invita Jesús?

“Todos los que están trabajados y cansados”, es su propia respuesta. Antes de que él viniera, los judíos estaban trabajados y cargados de dos maneras. Vivían bajo un sistema de pesados ritos y ceremonias, agravados por los muchos agregados hechos por los hombres. Jesús, al verlos gimiendo bajo la carga más intolerable del pecado y sufrimiento, anheló darles libertad. Les presentó un yugo que era fácil, y una carga que era liviana. [Mat. 11:28-30]

Ésta es, sin lugar a dudas, una invitación general, pero creemos que nadie la aceptará mientras no sienta el pecado como una carga. ¿Siente usted remordimiento en su corazón, y está listo para clamar con los pecadores de Jerusalén: “Varones hermanos, ¿qué haremos?” El Salvador le habla a usted especialmente. ¿Siente usted sus pecados como una pesada carga sobre su cabeza y que, debido a su transgresión ha sido “derribado... a los lados del abismo”? Las palabras del Salvador fueron dirigidas a usted. [Hech. 2:37, Isa. 14:15]

Observemos las palabras “trabajados” y “cargados” y notemos qué expresivas son. La palabra “*trabajados*” significa aquí más que trabajar. La expresión “*todos los que están trabajados*” significa “Ustedes que han estado trabajando hasta estar muy desgastados, agotados por el arduo trabajo y cansados”. Los hombres pecan contra Dios con la misma energía como si estuvieran trabajando para ganarse

el pan diario. Se desgastan cometiendo iniquidades. Trabajan arduamente como si creyeran que su paga sería la vida --no la muerte. ¿Es usted un pecador agotado por este arduo trabajo? ¿Se siente exhausto y extenuado bajo el peso de sus transgresiones? Entonces entiende también lo que significa estar “cargado”.

La referencia original a “*cargado*” es al cargamento de un barco -cuanto más se carga más se hunde. Esto representa la condición de un pecador que ha despertado. Se ha estado llenando de un “*cargamento*” de pecado, y lo ha hecho durante tanto tiempo que siente que ya no puede cargar más. Su caso quizá pueda ser representado mejor por Pedro cuando caminando sobre el agua hacia Cristo, empezó a hundirse, y clamó: “¡Señor, sálvame” (Mat. 14:30). Si es usted sensible a sus pecados, siente que se está hundiendo por su propio peso en una perdición merecida. ¡Qué alarmante es tal posición!

Los pecadores, en su condición natural, están trabajando en una obra atroz. Con corazones empedernidos e impenitentes van acumulando diariamente la ira como un tesoro para el día de ira y la revelación del justo juicio de Dios, quien compensará a cada uno según sus obras. ¡Qué horrible la ocupación! ¡Qué peligroso el tesoro! ¡Qué espantosa la condenación! Muchos trabajan duro atesorando ira, pero nunca reflexionan que en el día de ira tendrán que recibir su propia aterradora acumulación. Pero algunos se alarman ante su terrible condición, y tiemblan. El Espíritu Santo toma la masa acumulada, y por un tiempo se las coloca encima, y bajo su peso aplastante se sienten como si se estuvieran hundiendo en un mar de ira, y están listos para clamar: “¡Señor, sálvanos porque perecemos!”

Querido amigo, ¿ha tomado el Espíritu Santo la carga de su culpa y se la ha colocado encima? ¡Ah, entonces de veras sabe lo que es estar “cargado”! Agradezca a Dios las más horribles convicciones que le pueda enviar sobre su condición culpable y perdida. Es mejor aguantar el tormento de una conciencia cargada por un poco de tiempo, que en la vida venidera aguantarlo eternamente. Si se siente inquieto por su salvación, si realmente el Espíritu de Dios lo ha abatido al punto de clamar: “Dios, sé propicio a mí, pecador” (Luc. 18:13), entonces se identificará con pasajes como estos:

“Porque mis iniquidades se han agravado sobre mi cabeza; como carga pesada se han agravado sobre mí. Estoy encorvado, estoy humillado en gran manera, ando enlutado todo el día. Me han alcanzado mis maldades, y no puedo levantar la vista. Se han aumentado más que los cabellos de mi cabeza, y mi corazón me falla” - Salmo 38:4,6; 40:12.

¡Qué desesperante es tal estado! Pero ofrece muchas esperanzas. Cristo fue ungido y enviado a predicar el evangelio a los pobres, a sanar a los quebrantados de corazón. ¿Está su conciencia cargada e inquieta? Entonces considere, para su alivio y consuelo, la invitación: “*Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.*”

La invitación es misericordiosa

Lo primero que quiero que note sobre esta invitación de Jesús es lo *misericordiosa* que es. Es por amor y misericordia que invita de esta manera a los pecadores perdidos. La gracia lo trajo a este mundo; y por su gracia anduvo haciendo el bien. ¡Cuánto ha de haberse conmovido su corazón al mirar las multitudes y ver que eran como ovejas que no tienen pastor! Fue por verdadera misericordia que anduvo por sus ciudades y aldeas enseñando y predicando el evangelio de salvación. ¡Fue a oídos de los infieles e impenitentes desde Corazín, Betsaida y Capernaum que extendió esta invitación! ¡Y con cuánta misericordia nos extiende ahora esta misma invitación! Él está “*lleno de gracia y de verdad*”. Tiene la misma compasión ahora que en aquel entonces: y su gracia fluye con la misma plenitud en el cauce de su Palabra que cuando se encarnó y anduvo entre nosotros. ¿Acaso no es un llamado lleno de misericordia el que le extiende el Salvador? Usted no es digno de su consideración --usted no vale nada, ¡y aún así lo llama! Y él da el primer paso en esto. Usted no lo está buscando a él, pero él lo busca a usted. “Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido.” ¡Qué misericordia! “*Venid a mí..., y yo os haré descansar.*” [Mat. 11:21-23, Juan 1:14, Luc. 19:10]

La invitación es generosa

La segunda cosa que quiero que note aquí es la *generosidad* de la invitación. No tiene un fin sórdido al llamarle. Su intención es únicamente buena. No tiene más que considerar lo que Jesús ha hecho, para ver lo sacrificado que es su amor. Cuando hace propuestas para recibirlo y bendecirlo a usted, un pecador perdido, puede estar seguro de que es por el amor más puro. Piense en el Getsemaní y en el Calvario, y podrá percibir cuán generoso es al salvar a pecadores. El carácter egoísta por lo general no gusta y es rechazado, mientras que el generoso recibe aprobación y respeto universal. ¿Quién puede enterarse, y no aprobar, del trabajo sacrificado del filántropo Howard, quien tanto hizo para mejorar la condición de los presos y para reformar las cárceles? ¿Y qué mujer, al saber las circunstancias, no siente que todas las mujeres han sido ennoblecidas por las labores de

la Sra. Fry entre las pobres mujeres confinadas en la cárcel en Newgate? Pero ese hombre y esa mujer no eran más que imitadores del Filántropo Divino, Jesucristo. Lo siguieron a lo largo de una distancia infinita.

“Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos.” ¡Para salvar enemigos, tomó sobre sí la forma de un siervo, se humilló a sí mismo y fue obediente hasta la muerte, aun la muerte de cruz! Piense en el generoso amor de Emanuel cuando lo llama a fin de que acuda a él para ser salvo, ¡y permanezca indiferente si puede! [2 Cor. 8:9; Fil. 2:5-11]

La invitación es sincera

La tercera cosa que quiero que note en esta invitación es su *sinceridad*. Hay mucha falta de sinceridad entre los hombres. Muchos extienden invitaciones que esperan no sean aceptadas. Hasta se sentirían molestos si las aceptaran. Pero éste nunca puede ser el caso con Cristo Jesús porque él es llamado “Fiel y Verdadero”. Demostró su propia veracidad cuando andaba sobre la tierra, y hasta se denominó a sí mismo “la Verdad”. Él es “el Verdadero” y, al invitar a pecadores, es sincero. Cuando dice “Venid” significa justamente eso. Cuando vino a los suyos fue rechazado, demostró su sinceridad al procurar la salvación de ellos, porque no se dio enseguida por vencido con ellos, sino que continuó con ellos enseñando y predicando y haciendo milagros de amor. Y sus agonías en el Getsemaní y en la cruz demostraron poderosamente la sinceridad de su corazón. Por lo tanto, no le es indiferente si usted acude a él o no; y es sincero al invitarle a venir a él. Dice “Venid” desde lo más profundo de su corazón lleno de amor. No se trata de una expresión de que le desea bien: es auténtica; y será usted su propio enemigo si no acepta su invitación sincera “con corazón sincero”. [Apoc. 19:11, Juan 14:6, Jer. 10:10, Heb. 10:22]

La invitación es adecuada

La cuarta cosa que quiero que note en esta invitación es que es *adecuada*. Va acompañada de la promesa de aquello que necesita usted con la mayor urgencia: “Venid a mí, y yo os haré descansar”. Si ya desmaya y se siente cargado, ¿qué puede necesitar más que un descanso? “Y os haré descansar” es la promesa. El descanso es justo lo que necesita el hombre agotado por su arduo trabajo y ninguna otra cosa puede sustituirlo. Por lo tanto *descanso espiritual* es lo que necesita el pecador trabajado y cargado, y ninguna otra cosa puede llenar esa necesidad. Cuando la tormenta de la convicción ruge contra

él y las olas de culpa están por vencerlo, nada anhela con más intensidad que el descanso. El regalo de Jesús --descanso para el alma atribulada-- es el favor máspreciado otorgado a los hijos de los hombres. Y es bueno recordar siempre que es un regalo. “Os haré descansar.” El significado literal es “Yo causaré que descanses”. [Heb. 4:1-11]

Esto le muestra a usted no sólo que de una manera u otra usted puede obtener descanso por medio de Jesús, sino que muestra cuán completamente tiene que debérselo a él. Si llega a obtener esta inestimable bendición, él tiene que ser la causa, y la fuente, y el dador de su descanso. Cristo se encuentra ante usted y lo invita, no como una verdad abstracta, sino como una persona viva. Cristo andaba sobre la tierra cuando por primera vez dijo estas palabras y, aunque no vemos ahora su forma ni oímos su voz, hemos de creer, porque es realmente cierto que vive y nos habla a través de su Palabra como el que vive. La salvación no puede estar desconectada del Salvador personal. Usted tiene que venir a él si quiere que le dé descanso; y si de veras viene a él, descubrirá que el que prometió es fiel.

El descanso es triple

El descanso que usted necesita es triple: descanso de su inquietud con respecto a su culpabilidad; descanso de la esclavitud de la tiranía de su corrupción y descanso del cansancio causado por luchar con el pecado y el mal. *La pena, el poder y la presencia del pecado* son los motivos principales de inquietud, y de todos ellos nos libra Jesús.

Si acude usted al Señor Jesús, él hará que deje de preocuparse por el *castigo de sus pecados* al mostrarle cómo su muerte fue expiación por el pecado. Si él afirma el pie de usted sobre la roca de la obra completada, entonces su alma puede sentirse segura. Si lo viste a usted de la justicia de él, podrá recostar su cansada sien en su pecho bendito y disfrutar de refrescante descanso, porque sentirá que el Señor lo sostiene. Cristo es nuestra paz. Él es quien reconcilia con Dios y, por lo tanto, puede brindar paz al hombre. Él ha efectuado la reconciliación por medio de la sangre de su cruz, y ahora viene y predica paz, y todo el que viene a él viene a la paz. La inquietud de su alma desaparece por el rociamiento de esa sangre que nos limpia de todo pecado. “Si él diere reposo, ¿quién inquietará?” (¿quien puede declararnos culpables?) [Job 34:29, Rom. 5:1]

Él también le dará descanso de la *esclavitud del pecado*. Usted ha sido esclavo obsecuente del pecado. Le encantaba y usted le servía ávidamente antes de llegar al punto de alarmarse por su alma. El pecado se enseñoreaba de su naturaleza carnal. Le era imposible dejar

de pecar, así como es imposible que una piedra que suelta de su mano, a menos que se tope con un obstáculo, deje de caer al suelo. Si no se ha convertido, se encuentra en una inclinación que desciende desde la tierra hasta la fosa sin fondo, e inevitablemente se deslizará hacia abajo y perecerá a menos que sea rescatado de su peligrosa posición. Puede usted anhelar salvarse a sí mismo, pero todos sus esfuerzos, sin ayuda, serán inútiles. Aun puede orar contra sus peores pecados, pero, aparte de la interferencia divina, seguirán siendo sus peores pecados. Puede resolver y esforzarse cien veces para dejar de pecar, pero descubrirá que Satanás no puede echar fuera a Satanás. Sólo Cristo puede hacerlo. Él dice: “Separados de mí nada podéis hacer”, pero también dice: “Venid a mí, y yo os haré descansar”. [Juan 15:5, Mat. 11:28]

Querido amigo pecador, ¿anhela que sus corrupciones se debiliten y que el cuerpo de pecado sea destruido de modo que de aquí en adelante no sirva al pecado? Entonces, acuda a Cristo para que le dé un nuevo corazón porque, al dárselo, lo libraré de esta terrible esclavitud. El pecado no se enseñoreará sobre usted si está en Cristo Jesús. “De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.” “Pondré mi Espíritu dentro de ti y te haré andar en mis estatutos.” Cuando el Señor Jesús vence al pecado con su Espíritu todopoderoso, entonces “la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento” guardará su corazón y su mente. “La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús” lo “librará de la ley del pecado y de la muerte”. [2 Cor. 5:17, Rom. 8:2]

También le dará descanso de todas sus *luchas agotadoras* con el pecado y el mal. No es fácil ser cristiano. Tenemos que librar una lucha constante contra el pecado. La experiencia del Apóstol Pablo que describe en Romanos 7:22-25, es la de todos los creyentes: “Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros.” Y bajo el sentimiento de esta lucha --la carne forcejeando contra el Espíritu, y el Espíritu contra la carne-- exclama: “¡Miserable de mí! ¿quien me libraré de este cuerpo de muerte?” Sabe que hay quien puede salvarlo y por lo tanto agrega: “Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro.” La hora viene cuando disfrutaremos de un descanso sin interrupciones. Ningún pecado nos molestará, y ningún mal nos afligirá jamás. Con Jesús, en su reino, disfrutaremos del descanso que brinda al pueblo de Dios. Ahora es el momento para que los pecadores trabajados y cargados acudan a Cristo con el fin de que su culpa sea quitada y obtengan una renovación y un refrigerio para

sus almas. ¡Qué bien se adapta a nuestra condición esta preciosa invitación!

La invitación es para todos

Además, es una invitación *general* a los pecadores trabajados y cargados: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”. No hay en nuestro Señor falta de compasión. Está llamando a pecadores perdidos con una invitación general a acudir a él para ser salvos. Pero, como hemos dicho, nadie tomará la misericordia ofrecida sino los que tienen conciencia de su condición miserable y cargada. Los exhaustos son los que valoran el descanso, y los sanos no tienen necesidad de un médico, sólo los que están enfermos. Es muy importante saber que todos los trabajados y cargados espiritualmente pueden venir a Cristo. Todos los enfermos que se acercaron a él, o que fueron llevados a él cuando andaba sobre la tierra, eran curados de sus enfermedades; de la misma manera, todos los enfermos espirituales pueden acudir ahora con la seguridad de que serán sanados. Todos pueden venir --todos están invitados; y al que viene él no le echa fuera.

Pobre torturado y cargado por el pecado, ¡he aquí las buenas nuevas! Ha llegado el Señor, y lo llama. Alégrese, levántese y acuda a él. Él siente compasión por usted. ¡Ah! No demore; no vacile. Usted ha sido llamado, y llamado por Cristo mismo, tan ciertamente como si hubiera estado usted entre los que lo rodeaban en los días de su encarnación cuando, con su propia voz, extendió esta invitación divina cerca del mar de Genesaret. Usted se siente muy inquieto y muy atribulado. Él tiene para usted una cariñosa palabra de invitación; “Venid a mí y yo os haré descansar”. Él le dará paz y refrescante descanso. Él le otorgará descanso y gozo y consuelo en una medida que usted no puede concebir. Así como él se está acercando a usted y *hablándole* a usted, acérquese usted a él y *hable*. Expresé toda la causa de su dolor y aflicción --cuénteles todo. Clame al nombre del Señor, y cuénteles en sus propias palabras que ha venido para aceptar el descanso que él ofrece gratuitamente. No guarde silencio. Confiese sus pecados (1 Juan 1:9). Busque la misericordia perdonadora. Póstrase a sus pies en su profundo dolor, e implóre a él para que sane y bendiga su alma, y no se irá con las manos vacías. ¡*Vengan todos*, es la invitación divina!

La invitación es incondicional

Queremos también que comprenda y sepa que esta invitación es absolutamente *incondicional*. Es extendida gratuitamente; no está

cargada de condiciones. El evangelio de la gracia de Dios llega a usted tan gratis que no se puede describir. No le exige que haga nada para merecerlo o a fin de calificar para recibirlo. Existe el deseo en los pecadores que han despertado de recibir una misericordia basada en ciertas condiciones; pero la misericordia de Dios es otorgada a todos los que la quieren “sin dinero y sin precio”. “A todos los sedientos: Venid a las aguas.” (Isa. 55:1). Uno pensaría que no hay nada más incondicional que una invitación así; no obstante, los hombres han intentado convertir esto en algo meritorio. Repitiendo el llamado generoso de Dios, queremos exhortar a pecadores que acudan a las aguas y beban gratuitamente para obtener refrigerio para sus almas. “A todos los sedientos: Venid a las aguas” es la palabra de la *gracia incondicional*; pero el corazón legalista, por temor o perversidad, o por ambas cosas, se centra en la *sed* y se queja de estar sediento o de tener el tipo adecuado de sed, como si fuera un precio por el cual las aguas sin precio pudieran ser compradas. El llamado no es así. ¡Atención! Todos los que tengan una auténtica sed espiritual, vengan a las aguas. Las personas llamadas son amonestadas por gastar dinero en lo que no es pan y trabajar para aquello que no satisface.

Si usted ha estado centrando sus pensamientos en el “Venid” de la invitación del Salvador, preguntando: “¿Cómo tengo que venir?” recuerde que esto procede del estado legalista del corazón. Resista al diablo: él quiere que se centre en su “venir” y descuide al glorioso Emanuel que lo invita. “El Espíritu Santo”, como bien se ha dicho, “ha utilizado una variedad de expresiones a fin de evitar este error; pero no obstante, los hombres caen en él. Por ejemplo, dice en este lugar: venid; en otro lugar dice: mirad; en otro, creed; en otro, oíd; todo para prevenir que se centre en la acción de su propia mente. En cambio, centre toda su atención en el objeto, el cual es Jesucristo. Es Cristo quien lo salva.

Es Cristo quien le da descanso --*no el que usted acuda a Cristo*. La fe no es una condición para ser salvo, si lo fuera “la gracia ya no es gracia”. Es verdad que hemos de acudir a Cristo para ser salvos; pero nuestro venir no ha de constituir la razón por la cual hemos de ser salvos: debemos venir porque es algo natural y no puede ser de otra manera. Es por fe, a fin de que pueda ser por gracia. La fe es uno de los dones que otorga Dios; y, sin duda, no puede ser que poseer uno de sus dones sea el mérito por el cual otorgar otros: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios”. [Rom. 11:6, Ef. 2:8]

La invitación puede ser aceptada ahora

Lo último que deseo que note sobre esta invitación es que es una que puede ser aceptada inmediatamente. Cualquiera en el gentío que se sentía cargado pudo haberse abierto camino y venido a Jesús en cuanto pronunció las palabras, pidiéndole que le diera la bendición prometida. No especificó un tiempo y, sin duda quiso decir, y así lo comprendieron, que debían venir a él ese mismo día. Éste sigue siendo el caso. “He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación.” La exhortación de venir a Cristo no es para mañana o para algún momento en el futuro. Es “hoy, si escucharen su voz.” ¿Se está hundiendo usted bajo su carga? ¿Está cansado, y necesita descansar inmediatamente? Entonces, ¡seguramente es para usted una buena noticia que le digan que Cristo le quitará su carga hoy! No puede ser tan insensible a la necesidad de su propia alma como para desear que Cristo hubiera extendido su invitación para mañana o algún día en el futuro. “Cuando no sabéis lo que será mañana.” “Porque no sabes que dará de sí el día.” Usted recibe el llamado ahora. Le exhortamos que crea en Jesús ahora, para la salvación de su alma. Cristo le llama para darle dicha en el presente. Él levantará su carga aplastante ahora, y le brindará inmediatamente perdón y paz. ¡Oh pecador cansado! Ábrase paso entre el gentío con su carga de pecado, sufrimiento, problemas, dolor y contaminación, y lo encontrará generosamente dispuesto a “darle descanso”. [2 Cor. 6:2, Stg. 4:14, Prov. 27:1]

<<inside back cover – blank>>



Chaple Library

2603 W. Wright Street
Pensacola, FL 32505 USA

teléfono: (850) 438-6666 fax: (850) 438-0227
e-mail: chapel@mountzion.org web: www.mountzion.org
un ministerio de Mount Zion Bible Church